



monarquía con nobleza feudal y abadengos medievales. El despertar italiano se insinúa, no tan sólo en las artes mayores de Valencia o de los Estados de Aragón, sino en las artes menores del hierro, de la madera, de la plata, del esmalte, del tapiz, de la miniatura, del bordado y aun de la cerámica, en la que los mudéjares levantinos heredan fórmulas de los moros de Málaga. Pero Fernández de Córdoba es de la hora renaciente, más por impresor que por platero, al que la gloria de un Bernes, el platero de "Pedro el Ceremonioso", o de un Capellades, o de un Bernardo Santalínea, que es gloria que relumbra, aun no nos deja ver. Vemos, en cambio, y verán los que nos sigan, la obra del Fernández de Córdoba impresor, el "Deferunt" o "Summula confesionis", que ve la luz en 1477. Diecinueve años han resbalado al no ser en 1477, desde que el primero de los Borjas, el Papa Calixto III, se extingue, y quince aun resbalarán antes de que el otro Borja suba al Pontificado, por los días del descubrimiento de América. Pero otro impresor, Lambert Palmart, que ha venido de Alemania, se ha adelantado a Fernández de Córdoba y ha impreso, en 1474, un libro: "Obres e Trobes en lahors de la Verge María", que es el primero que se imprime en España, aunque otras ciudades disputan, sin datos suficientes, esta prioridad a la urbe del Turia. Más que de los libros minia-



dos que tenía Alfonso el Magnánimo en su Biblioteca de Nápoles, y que la Universidad de Valencia ha heredado de los Jerónimos de San Miguel de los Reyes, herederos a su vez del duque de Calabria, se paga la ciudad del incunable de Lambert, que es alegría para siempre. Otras ciudades de la Cristiandad han madrugado más que Valencia para traer de países góticos imprentas e impresores, pero son poquísimos.

Madrid, en su Día del Libro, cuatrocientos sesenta y nueve años después, festeja ese primer incunable, al que acompañan, como cortejo, esos otros que reproducimos aquí. Bienes sin cuento nos ha traído la imprenta, pero males sin cuento también. No ha habido, ni habrá en las edades del mundo, corrupción de corrupciones como la corrupción de lo que es óptimo. Pero no hay todavía festejo como el de leer algunos libros, no siendo el de no leer ni mirar otros que se han hecho muchedumbre y proliferan, hierven y pululan hasta debajo de las piedras. Dentro del centenar de libros, como del centenar de lugares y del centenar de seres humanos, cabe aquello que es, según frase evangélica, la sal de la tierra. La que nos cabe en el puño es todo un monte de sal para nuestra modestia.

¿Que en Liliput un dedal es la campana grande de Toledo? Pues sí, pero esta vez no oímos siquiera la réplica.